

adornáron nuestros museos. Las riquezas literarias y monumentales de todos los siglos y países fuéron reunidas en Paris, y la conquista nos ha vuelto á tomar despues lo que le habíamos debido.

---



---

## LIBRO V.

DESDE EL 18 DEL FRUCTIDOR AÑO V (4 DE SEPTIEMBRE DE 1797)  
HASTA 19 DE DICIEMBRE DE 1812.

~~~~~

### CAPITULO PRIMERO.

§ 1.º. Intrigas.—Bonaparte en Paris.—Expedicion de Egipto.—Estado de los ejércitos.—Congreso de Rastadt.—Horrible asesinato.

Desde el 9 del termidor el ardor de los Franceses por la libertad se iba disminuyendo poco á poco, y el 18 del fructidor reveló á los mas incrédulos, que si no estaba apagado, estaba á lo ménos por mucho tiempo adormecido. En el período menos brillante aunque mas noble del entusiasmo republicano, llegó el siglo de la gloria y triunfos mi-



litares. Desde el 18 del fructidor, el nombre de Bonaparte se hallaba en todas las lenguas, y la curiosidad parisiense no vivía sino de sus conquistas. Se le prodigaban títulos de conquistador de Italia y pacificador del continente. Se preguntaban con inquietud é interés los detalles de su persona, su interior y sus costumbres privadas. Se leían con admiración sus proclamas en las que reinaba un tono de grandeza y dignidad, del que los zancos y el nivel revolucionario habían hecho perder igualmente los hábitos. Bonaparte ocupaba ya á los Franceses tanto como la república, y hacia mucho tiempo que el corazón de sus soldados pertenecía mas á su general que á la patria.

Por la primera vez se hablaba desde el principio de la revolución de los

sucesos de un hombre, en lugar de ensalzar los sucesos de las armas nacionales, y por la primera vez se hablaba también toda la autoridad en manos del poder ejecutivo, pues el representativo y legislativo acababan de ser vencidos por un golpe de estado y por el abandono repentino del pueblo. Los realistas apoyándose en las instituciones mas liberales, las habían despopularizado, y la masa renunció de sus derechos por no devolverlos á sus eternos enemigos. Quería antes el despotismo en manos revolucionarias, que los principios de la libertad tallados por la aristocracia y la emigración, y acostumbrándose de este modo á obedecer se preparaba á sufrir cualquiera yugo.

Por otra parte, la raza inmortal de



los cortesanos, que parecia haber desaparecido, ó que, á lo menos mientras la borrasca revolucionaria, se habia disfrazado, se reunia al directorio, y los cinco reyes tenian hasta duques del antiguo régimen en sus antesalas. El Luxemburgo tenia su claraboia, y la caza de Barras no llevaba menos comitiva de servidores diligentes y solícitos que las de los señores de Versalles. El amor á los empleos y el deseo de ser preferidos pervertian todos los dias algunos acerrimos republicanos; y veian en el timon del estado antiguos camaradas que esperaban hacer mejor su carrera uniéndose al poder, que sacrificándose á la república. Desde esta época hubo muchos que á expensas del inútil equipage de los principios deseáron salvar del naufragio que

se preparaba los hombres de la revolucion.

Sin embargo, tantas ambiciones vi- les que empezaban á nacer en los corazones, y que casi nadie divisaba, eran acaso desconocidas de los mismos individuos que ellas ya conmovian. Se creia aun republicano el que se habia corrompido por la riqueza, y que en el dia del peligro habia con toda sencillez y naturalidad sacrificado sus opiniones á su bienestar. Madama de Stael preguntó un dia á Augereau ¿ si era cierto que Bonaparte pensaba en hacerse rey de Italia? « No, Señora, respondió el futuro duque de Castiglione, es un jóven demasiado bien educado para eso. » Sin duda estaba entónces de buena fe Augereau, pero á pocos años, ¡ cuan-



tas pasiones nuevas viniéron á abrirse en el alma de sus hermanos de armas, borrando en ellas hasta las últimas huellas de esta honrosa aspereza!

Año VI. Despues de haber firmado con la

26 del  
Vendimia-  
rio (7 de  
Octubre  
de 1797).

Austria el tratado de Campo-Formio, Bonaparte vencedor vino á Paris, de donde, dos años antes, habia salido en la obscuridad. El pueblo le acogió con transportes de alegría, y los directores al contrario le miráron con miedo, porque su gloria amenazaba obscurecerlos.

20 del  
Frimario.

Sin embargo se le hizo una recepcion ostentosa. Para esta grande ceremonia eligió el directorio el patio del Luxemburgo, su palacio; y los gritos de *¡viva Bonaparte!* retinieron, mezclándose con los de *¡viva la república!* Talleyrand, ministro de rela-

ciones exteriores, hizo el elogio del héroe de Italia. Barras, presidente del directorio, repitió este panegirico, é hizo votos por la gloria de l general como por la prosperidad de la patria. Bonaparte respondió con un tono de indiferencia, en frases forzadas en las que protestaba de su adhesion á la república; pero estas palabras frias y lentamente pronunciadas, *quando la libertad esté fundada sobre mejores leyes orgánicas*, reveláron su secreta oposicion al gobierno directorial, é hicieron sospechar á algunos cosas mas graves. El mismo ha confesado despues que desde entónces codició la presa brillante de que debia apoderarse con el tiempo. Mientras su morada en Paris, estudió los hombres del poder, examinó todo lo que pasaba cerca de, él, y



se convenció fácilmente que muy pronto este tropel, insensible ya á los principios por los que se le habia visto inquietarse, podria soportar sin pena un señor que le diese, en cambio de su libertad, gloria y reposo. Vió tambien que quedaba en las almas una centella de republicanismo. En el seno de la paz y de los triunfos, hubiera sido peligroso hacer una revolucion para derribar la libertad, y Bonaparte no quiso intentar nada; pero esperó todo de la guerra y la anarquía. Esperó, porque segun su expresion trivial aunque justísima, *la pera no estaba madura*. Resolvió volver á tomar las armas, y pidió un mando.

Ya, despues de su vuelta, le habia propuesto el directorio varios ejércitos que él habia rehusado: era el mando

supremo el que él queria. Habia tenido varias discusiones acaloradas con los directores. Barras le habia dicho, chungueándose, « que si el gobierno tratase de enviarle al Temple, no hallaria cuatro personas que le defendiesen; » Bonaparte vió en esta chungu una amenaza y una verdad, y Rewbel, sabiendo que amenazaba con su dimision, dijo con energia: « ¡Muy bien! aceptémosla; no faltáran generales á la república. » En otra ocasion, Bonaparte hablando de su dimision, este mismo Rewbel le presentó la pluma con el mayor descaro. El general conocia que no era tiempo de romper, y que necesitaba aun algun tiempo estar sometido. La mayoría del directorio, por su parte, estaba bien lejos de tener la



energía de Rewbel, y este miedo mutuo apaciguó las diferencias. El directorio y Bonaparte parecieron convenirse mutuamente, en silencio, que no podia estar el uno en presencia del otro. Se trató de ocupar al general en una expedicion grande y peligrosa, y se le propuso el desembarco en Inglaterra; fué efectivamente á reconocer los puertos, y la vió irracional. Talleyrand habló entónces de la conquista del Egipto. Ya Bonaparte, mientras sus triunfos de Italia, habia concebido el designio de esta gigantesca conquista, y se lo habia descubierto al ministro de negocios extrangeros. Talleyrand despertó esta idea, que fué adoptada de una parte y de otra con entusiasmo. El buen éxito de esta expedicion abria á la Francia el comercio de la India, cuyo monopolio estaba en

poder de los Ingleses; nuestro influjo sobre el Oriente iba á ser mayor que el de todos los pueblos europeos, y era una inmensa ventaja; pero el directorio se lisonjeaba menos de esto que de la ocasion de libertarse de un guerrero importuno, y este mismo guerrero no tenia, en el momento, otra satisfaccion que la de no perder su fama en los ocios de la paz. ¡Que bella cosecha de laureles le ofrecia esta guerra de Egipto! ¡Que acciones heroicas debian convertirse en prodigios por la gran distancia y el encanto de un pais casi fabuloso! ¡Que impresiones debian hacer sobre los Franceses boletines fechados en las ruinas de Tébas y de Memfis! Entretanto Bonaparte no descuidaba cosa alguna que pudiese engrandecerle en



el espíritu de sus conciudadanos. Fingia de tal modo su amor al retiro, que hacia creer que estaba enamorado de él, y cuando el Instituto acababa de recibirle en su seno, afectó dar mas valor á la calidad de miembro de este cuerpo célebre que á la gloria de las armas. Los preparativos de su marcha se hicieron con actividad y rapidez, sin revelar el objeto de la expedicion. El público creia siempre que se trataba de un desembarco en Inglaterra, y nada se traslucia del destino real del ejército de Bonaparte. Se embarcó sin que la mayor parte de los que debian ayudarle conociese el secreto de este armamento: cuarenta mil hombres de lo mas selecto de nuestras tropas le siguieron, y Kleber, Desaix, Lannes, Murat y Davoust se hallaban entre sus

gefes. Sabios y artistas los acompañaban, y se preparaban á hacer, en la cuna de la civilizacion, menos sangrientas pero mas preciosas conquistas. Este ejército, lleno de confianza y de entusiasmo, salió de Tolon en ciento cuarenta barcos de transporte; trece navíos de línea, seis fragatas y una docena de bergantines los protegian. Al paso tomó á Malta despues de alguna resistencia, y tocó al fin la tierra anti-gua en que iban á empezar sus hazañas. En el año VI, poco fértil en acontecimientos políticos, los Franceses se ocuparon casi exclusivamente de las conquistas que les ofrecia Bonaparte.

Alejandro fué tomada por asalto antes que se hubiese desembarcado la artillería. Inmediatamente despues se entregó Roseta, y sus habitantes se ador-

30 del  
Floreál,  
año VI (19  
de Mayo de  
1797).

24 del  
Prerial.

1º del  
Mesidor.

14 del  
Mesidor.



5 del  
Termidor.

náron con los colores de la libertad. El jóven general, continuando la carrera de sus sucesos, dió los famosos combates de Rhamanich y de las Piramides, y entró en el Cairo, capital del Egipto moderno; pero nuestras tropas navales, con igual valor, no tenian la misma suerte. El almirante Brueys, despues de haber desembarcado el ejército de tierra, no pudo hacer vela para Francia, y los Ingleses viniéron á sorprenderle en la rada de Aboukir, en donde su escuadra se habia anclado para hacerse firme. El combate se empeñó, y los Franceses, que no estaban preparados, estuviéron mucho tiempo sufriendo el fuego del enemigo, sin poder ellos hacérsele. El navío *Oriente* de 120 cañones saltó en medio de un espantoso estrago, y puso el desór-

14 del  
Termidor.

den en la línea francesa. La escuadra fué dispersada, y Bonaparte, arrojado sobre un terreno tan lejano, debió renunciar a esperanza de volver á recibir socorros de su patria.

Este desastre tuvo terribles consecuencias para la Francia. Se declaró la Turquía contra ella; se armó una nueva coalicion; los Malteses sacudieron el yugo; Rusia levantó innumerables hordas, y arrojó contra la república al bravo Suwarow. La Austria entónces dejó el deseo de deponer las armas. El tratado de Campo-Formio habia sido ratificado por los dos gobiernos, y por él habian sido libertados Lafayette y sus compañeros del cautiverio en que los tenia la Austria, contra los massantos principios del derecho de gentes. Se habian reunido, en congreso, en Ras-



tadt los plenipotenciarios de diversas potencias contratantes, para arreglar algunos artículos que habian quedado en litigio, y desde que se formó la borrasca contra Francia, los ministros austriacos empezaron á poner dificultades á la conclusion de la paz. A medida que las circunstancias se hacian mas críticas, se presentaban nuevos obstáculos. En fin, los embajadores franceses se convencieron de que las intenciones de la corte de Viena no eran pacíficas, y un año se habia pasado en vanos discursos, cuando los ministros austriacos marcharon sin decidir cosa alguna. Los otros miembros de la legación imperial quisieron suspender las deliberaciones del congreso. Era evidente que estas diferencias sin resultado tenian por objeto armar un la-

24 del  
Germinal,  
año VI.

4 del  
Floreál  
año VII  
(1799).

zo á la Francia; y los ministros franceses Roberjot, Bonnier y Juan Debry, por mantener la dignidad de la república negándose á estas esperanzas falaces, declararon que dejarían á Rastadt dentro de tres dias. Entónces ocupó la ciudad el regimiento de húsares imperiales de Szekler, mandado por el coronel Barbaczy. Los enviados franceses recibieron muchos insultos; se apoderaron de su correspondencia, y detuvieron su correo; al fin llegó la hora de su partida. Barbaczy les negó una escolta que le pidiéron, dándoles la seguridad de que nada habian que temer en el curso de su viage. A corta distancia de Rastadt, detuvieron sus coches los Szekler, y asesinaron á Bonnier y Roberjot en los brazos de sus esposas: Juan De-

9 del  
Floreál  
año VII.



bry, contado por muerto en el sitio, conservó la vida milagrosamente. La historia no presenta aun sino conjeturas acerca del motivo de este atentado, y sin embargo es evidente que Barbaczy fué el agente principal. Este coronel habia tenido relaciones con Carolina, reina de Nápoles, cuyo nombre ha adquirido tan deplorable celebridad. Esta princesa trabajaba entonces en Viena por mantener el odio contra la república, y habia jurado vengar en la sangre francesa la pérdida de su trono; acaso estas circunstancias legitimarian las sospechas, pero no nos atrevemos á acusar. Sea lo que quiera, Barbaczy, cubierto sin duda, con una alta proteccion, no fué reconvenido del asesinato en que parecia culpable, y el gobierno austriaco no

dió paso alguno para justificarse de la infamia de esta horrible ejecucion, en la que toda Europa le creyó cómplice. Cuando se recibió en Paris la noticia de este acontecimiento, retió de un cabo al otro de Francia el grito de *vengaza contra la corte de Viena!* y los representantes de la nacion sintieron este mismo movimiento tan natural. Por un decreto digno de los mas bellos tiempos de la antigüedad, los vestidos senatoriales de las víctimas, puestos sobre sus sillas curules, designaron los asientos que ocupaban en el consejo de los quinientos, y el crespon que los cubria pidió la venganza. Siempre que se procedia á llamar por sus nombres á los diputados, los de Bonnier y de Roberjot eran pronunciados, y el presidente añadia: « asesinados en el



congreso de Rastadt... !Que su sangre vuelva á caer sobre los autores del horrible sacrificio ; y todos los diputados con todos los Franceses repetian estas imprecaciones demasiado legítimas.

20 del  
Prerial  
año VII.

Se hizo una ceremonia en honor de las desgraciadas víctimas de tan horrible atentado, y Chénier pronunció su oracion fúnebre. Su discurso, en harmonía con la solemnidad lúgubre, excitó el odio y desprecio contra el gobierno austriaco, que violaba indignamente los mas sagrados derechos de la justicia y el honor; y concluyó proponiendo levantar un monumento á la memoria de los desgraciados ministros, y para vergüenza y oprobio de los Austriacos. No fué necesario mucho trabajo para inflamar la ira de los Franceses; durante muchos dias, de uno á otro

cabo de su territorio, no se oyéron sino sentencias de muerte dadas contra el Austriaco, y no procedia su entusiasmo mas que del deseo de la venganza. Al fin llegó esta, y fué saciada, á lo menos, sobre los mas oscuros instrumentos del asesinato. Al principio de una batalla supiéron nuestros bravos que iban á tener que batirse con los húsares de Szekler, é inmediatamente su ardor y su indignacion se redoblaron. Los contrarios les hicieron preguntar ; si era cierto que estaban resueltos á no hacer prisioneros de su regimiento? ; *Desgraciados, defenderos!* fué la única respuesta de los Franceses, y el regimiento asesino fué exterminado. Para completar este drama fatal por el último episodio, nos hemos anticipado